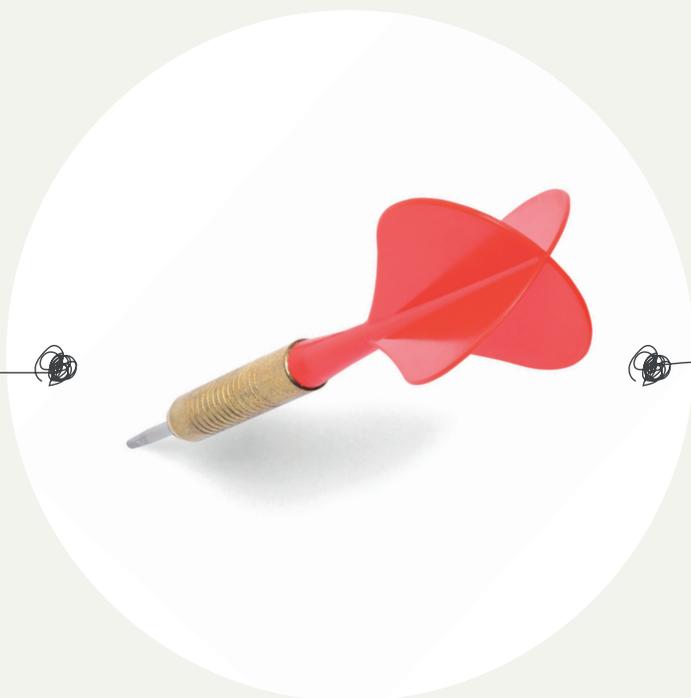


MARIE-FRANCE
HIRIGOYEN

EL ACOSO MORAL



EL MALTRATO PSICOLÓGICO
EN LA VIDA COTIDIANA

PAIDÓS

Marie-France Hirigoyen
El acoso moral

El maltrato psicológico
en la vida cotidiana

1.^a edición, 1999

1.^a edición de esta presentación,
septiembre de 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Éditions La Découverte y Syros, 1998, 2003

© de la traducción, Enrique Folch González, 1999

© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2023

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4130-4

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 12.678-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*



Título original: *Le harcèlement moral*, de Marie-France Hirigoyen

Publicado en francés por Éditions La Découverte y Syros, París

Sumario

Introducción	9
--------------	---

Primera parte. La violencia perversa en la vida cotidiana	
1. La violencia privada	24
2. El acoso en la empresa	68

Segunda parte. La relación perversa y sus protagonistas	
3. La seducción perversa	113
4. La comunicación perversa	120
5. La violencia perversa	142
6. El agresor	151
7. La víctima	167

Tercera parte. Consecuencias para la víctima y ayuda psicológica	
8. Las consecuencias de la fase de dominio	183
9. Las consecuencias a largo plazo	192
10. Consejos prácticos para la pareja y la familia	203
11. Consejos prácticos para la empresa	210
12. La ayuda psicológica	223

Conclusión	240
------------	-----

Bibliografía	244
--------------	-----

Notas	247
-------	-----

1

La violencia privada

LA VIOLENCIA PERVERSA EN LA PAREJA

A menudo se niega o se quita importancia a la violencia perversa en la pareja, y se la reduce a una mera relación de dominación. Una de las simplificaciones psicoanalíticas consiste en hacer de la víctima el cómplice o incluso el responsable del intercambio perverso. Esto supone negar la dimensión de la influencia, o el dominio, que la paraliza y que le impide defenderse, y supone negar la violencia de los ataques y la gravedad de la repercusión psicológica del acoso que se ejerce sobre ella. Las agresiones son sutiles, no dejan un rastro tangible y los testigos tienden a interpretarlas como simples aspectos de una relación conflictiva o apasionada entre dos personas de carácter, cuando, en realidad, constituyen un intento violento, y a veces exitoso, de destrucción moral e incluso física.

Describiré varias parejas en distintos estadios de la evolución de la violencia perversa. La longitud desigual de mis relatos se debe a que este proceso se despliega durante meses —a veces durante años—, y a que las víctimas, a medida que su relación evoluciona, aprenden primero a identificar el proceso perverso y luego a defenderse y a acumular pruebas.

EL DOMINIO

En la pareja, el movimiento perverso se inicia cuando el movimiento afectivo empieza a faltar, o bien cuando existe una proximidad demasiado grande en relación con el objeto amado.

Una proximidad excesiva puede dar miedo. Por esta razón, lo más íntimo es lo que se va a convertir en el objeto de la mayor violencia. Un individuo narcisista impone su dominio para retener al otro, pero también teme que el otro se le aproxime demasiado y lo invada. Pretende, por tanto, mantener al otro en una relación de dependencia, o incluso de propiedad, para demostrarse a sí mismo su omnipotencia. La víctima, inmersa en la duda y en la culpabilidad, no puede reaccionar.

El mensaje no confesado es «No te quiero», pero se oculta para que el otro no se marche. De este modo, el mensaje actúa de forma indirecta. El otro debe permanecer para ser frustrado permanentemente. Al mismo tiempo, hay que impedir que piense para que no tome conciencia del proceso. Patricia Highsmith lo describía así en una entrevista para el periódico *Le Monde*: «A veces ocurre que las personas que más nos atraen, o de las que estamos enamorados, actúan con la misma eficacia que unos aislantes de goma sobre la chispa de la imaginación».

El dominio lo establece un individuo narcisista que pretende paralizar a su pareja colocándola en una posición de confusión y de incertidumbre. Esto le libra de comprometerse en una relación que le da miedo. Por medio de este proceso, mantiene a su pareja a distancia, dentro de unos límites que no le parecen peligrosos. No quiere que su pareja lo invada, pero le hace padecer lo que él mismo no quiere padecer, ahogándola y manteniéndola «a su disposición». Si una pareja desea funcionar normalmente, debería establecer un refuerzo narcisista mutuo, aunque existan elementos puntuales de dominio. Puede ocurrir que uno intente «apagar» al otro, con el fin de estar muy seguro de que así queda en una posición dominante en la relación. Pero una pareja conducida por un perverso narcisista constituye una

asociación mortífera: la denigración y los ataques subterráneos son sistemáticos.

Este proceso solo es posible gracias a la excesiva tolerancia de la persona agredida. Los psicoanalistas interpretan a menudo que esta tolerancia está relacionada con los beneficios inconscientes, esencialmente masoquistas, que la víctima puede obtener de la relación. No obstante, veremos que esta interpretación es parcial, pues algunas de estas personas no han manifestado nunca tendencias autopunitivas con anterioridad ni las manifiestan más adelante; también es peligrosa, pues, al reforzar la culpabilidad de la víctima, no la ayuda de ningún modo a encontrar los medios para salir de esa embarazosa situación.

En la mayoría de los casos, el origen de la tolerancia se halla en una lealtad familiar que consiste, por ejemplo, en reproducir lo que uno de los padres ha vivido, o en aceptar un papel de persona reparadora del narcisismo del otro, una especie de misión por la que uno debería sacrificarse.

Benjamin y Annie se conocieron hace dos años. En esa época, Annie mantenía una relación frustrante con un hombre casado. Benjamin estaba celoso de ese hombre. Enamorado, Benjamin suplica a Annie que rompa esa relación: quiere casarse con ella y tener hijos. Annie rompe sin pensárselo mucho y acepta que Benjamin vaya a vivir con ella a su casa.

A partir de ese momento el comportamiento de Benjamin cambia. Se vuelve distante, indiferente y solo muestra ternura cuando tiene apetencias sexuales. Al principio, Annie pide explicaciones, pero Benjamin niega que hayan cambios en su comportamiento. Annie, a la que no le gustan los conflictos, se esfuerza por mostrarse alegre, aunque con ello pierda algo de su espontaneidad. Cuando se pone nerviosa, Benjamin parece no comprender y no reacciona.

Poco a poco, Annie se deprime.

Como la relación no mejora y a Annie sigue sorprendiéndole la repulsa de Benjamin, este termina por reconocer que ha ocurrido algo: simplemente no soporta verla deprimida. Por lo tanto, Annie decide curar su depresión —ya que esta parece la causa de sus problemas de pareja— y empieza una psicoterapia.

Annie y Benjamin trabajan en lo mismo. Ella tiene mucha más experiencia que él. A menudo, él le pide consejos, pero rechaza cualquier crítica: «¡Esto no sirve de nada, estoy harto, no sé de qué me hablas!». En varias ocasiones, él se apropia de las ideas de Annie, pero se niega a reconocer que ella lo ayuda. Nunca le agradece nada.

Si ella le señala un error, él se justifica diciendo que ha sido sin duda su secretaria la que se ha equivocado. Ella hace ver que se lo cree para evitar más explicaciones.

Él siempre mantiene el mayor misterio sobre su empleo del tiempo libre, sobre su vida y sobre su trabajo. Por azar, por unos amigos que lo felicitan, ella se entera de que Benjamin ha obtenido un ascenso importante. Él miente permanentemente, dice que vuelve de un viaje de negocios con tal tren, cuando el billete que deja descuidadamente a la vista demuestra que eso es falso.

En público, Benjamin se muestra distante. Un día, en un cóctel, se acerca a Annie y le estrecha la mano: «Señorita X, que se dedica a tal trabajo». E, inmediatamente, la deja sola. Cuando, más tarde, ella le pide explicaciones, él murmura algo acerca de que estaba muy ocupado.

Benjamin le reprocha el modo en que gasta el dinero; aunque ella se gane la vida, él querría que ella no tuviera casi nada en sus armarios y la obliga a guardar sus zapatillas como si fuera una chiquilla. Se burla públicamente de sus tarros de crema en el baño: «¡No sé por qué te pones todos esos potingues en la cara!».

Annie se pregunta cómo podría mostrarse afectuosa con un hombre que lo calcula todo: sus gestos, sus palabras y su dinero.

Benjamin no soporta hablar de la pareja: «¡La palabra pareja está pasada de moda!». Rechaza comprometerse con Annie. Un día, un payaso los para en la calle queriendo mostrarles un número de magia y le dice a Benjamin: «Es su esposa, ¿no es cierto?». Benjamin no contesta e intenta marcharse. Según Annie: «No pudo responder nada porque no se puede pensar nada sobre este tema. No soy ni su esposa, ni su novia, ni su amiga. No podemos decir nada sobre esto porque es demasiado pesado».

Si ella insiste en tocar el tema, él contesta: «¿Realmente crees que es el momento de hablar de esto?».

Otros temas suponen otras tantas heridas, como por ejemplo el deseo de Annie de tener un hijo. Cuando se encuentran con amigos que tienen niños, ella se esfuerza por no mostrar demasiado entusiasmo por los bebés, pues Benjamin podría pensar que ella tiene ganas de tener uno. En esos casos, ella adopta un tono neutro, como si esta cuestión no le importara.

Benjamin quiere dominar a Annie. Por un lado, quiere que sea una mujer independiente que no cuente con él económicamente, pero, al mismo tiempo, quiere que sea sumisa; de lo contrario, se angustia y la rechaza.

Durante las cenas, cuando ella habla, él alza los ojos al cielo con un aire consternado. Al principio, ella pensaba: «Seguramente, lo que he dicho es idiota». Annie se va censurando progresivamente a sí misma.

Sin embargo, desde que inició su psicoterapia, ha aprendido a no aceptar que él critique *a priori* todo lo que ella dice, aunque esto cree tensiones.

Entre ellos no hay discusiones; solo disputas cuando

ella no puede más, cuando una gota de agua hace derramar el vaso. En ese caso, ella se irrita sola. Benjamin adopta un aire sorprendido y dice: «¿Otra vez vas a hacerme reproches? Por supuesto, para ti, todo es culpa mía». Ella intenta justificarse: «No digo que sea culpa tuya; solo quisiera hablar de lo que no funciona». Él parece no comprender y consigue siempre que ella dude de sí misma y se sienta culpable. Preguntarse lo que no funciona entre ellos es como decir: «Es culpa tuya». Él no quiere escucharla y zanja la discusión. A menudo, intenta escapar con una pirueta antes incluso de que ella comience.

«Quisiera que me dijera qué no le gusta de mí; esto permitiría una discusión.»

Poco a poco, han dejado de hablar de política porque, cuando ella argumentaba, él se quejaba de que ella no compartiera su opinión. Han cesado igualmente de hablar de los éxitos profesionales de Annie. Él soportaba mal todo lo que pudiera hacerle sombra.

Annie sabe que está renunciando a su pensamiento propio y a su individualidad, pero teme que la cosa vaya a peor. Esto la conduce a esforzarse permanentemente porque lo cotidiano sea soportable.

A veces ella reacciona y amenaza con marcharse. Él la retiene con un discurso doble: «Deseo que nuestra relación continúe», y «No puedo darte más por el momento».

Ella está tan pendiente de él que, al menor signo de acercamiento, renacen sus esperanzas.

Annie se da cuenta de que esta relación no es normal, pero, como ha perdido cualquier punto de referencia, se siente obligada a proteger y a excusar a Benjamin, haga este lo que haga. Ella sabe que él no cambiará: «O me adapto o me voy».

En el plano sexual, las cosas no andan mejor.

Benjamin ya no tiene ganas de hacer el amor. A veces, ella intenta hablar de ello.

—No podemos seguir viviendo de esta manera.

—Esto es así; no se puede hacer el amor por encargo.

—¿Y qué podemos hacer? ¿Qué puedo hacer yo?

—No todo tiene una solución. ¡Quieres dirigirlo todo!

Cuando ella se le acerca para abrazarlo cariñosamente, él le chupa la nariz. Si ella protesta, él le señala que, decididamente, no tiene sentido del humor.

¿Qué retiene a Annie?

Si Benjamin fuera un monstruo absoluto, todo sería más sencillo, pero hubo un tiempo en que era un amante cariñoso. Si se comporta de este modo, es que está mal. Por lo tanto, puede cambiar. Por lo tanto, ella puede cambiarlo. Ella espera este cambio. Tiene la esperanza de que un día el nudo se deshará y por fin podrán comunicarse.

Annie se siente responsable del cambio de Benjamin: él no soportaba que ella estuviera deprimida. También se siente culpable de no ser suficientemente seductora (un día él bromeó delante de unos amigos sobre su vestimenta poco sexy) ni suficientemente buena (también hizo una alusión al hecho de que no era generosa) como para satisfacer a Benjamin.

Annie también cree que permanecer con él en esta pareja insatisfactoria es menos grave que quedarse sola, pues Benjamin le dijo: «Si nos separáramos, yo encontraría enseguida a alguien, pero tú, con tu afición a la soledad, te quedarías sola». Y ella se lo creyó. Aunque Annie sepa que ella es mucho más sociable que Benjamin, se imagina que, una vez sola, se deprimirá dándole vueltas a sus penas.

Annie sabe igualmente que sus padres son también

una pareja insatisfactoria, y que permanecen juntos por obligación. En su casa, la violencia era constante, pero larvada, pues su familia no llamaba a las cosas por su nombre.

LA VIOLENCIA

La violencia perversa aparece en los momentos de crisis, cuando un individuo que tiene defensas perversas no puede asumir la responsabilidad de una elección difícil. Se trata de una violencia indirecta que se ejerce esencialmente a través de una falta de respeto.

Monique y Lucien llevan treinta años casados. Hace seis meses que Lucien tiene una relación extramatrimonial. Se lo anuncia a Monique diciéndole que no puede elegir. Desea permanecer con ella y, paralelamente, seguir con esa relación. Monique rechaza su propuesta con determinación. Su esposo se marcha.

Desde entonces, Monique está hundida. Se pasa todo el tiempo llorando y no duerme ni come. Tiene síntomas psicósomáticos de angustia: sensación de sudor frío, bola en el estómago, taquicardia... Siente ira, no contra su marido, que la hace sufrir, sino contra sí misma, por no saber retenerlo. Si Monique pudiera sentir ira contra su marido, le resultaría más fácil defenderse. Pero, para sentirla, debería aceptar que el otro es agresivo y violento, lo que podría conducirla a dejar de desear su vuelta. Cuando uno se encuentra en un estado de choque como el de Monique, es más fácil negar la realidad de los hechos y permanecer a la espera, aunque esta espera esté cargada de sufrimiento.

Lucien le pide a Monique que sigan almorzando juntos regularmente para mantener la relación; de lo

contrario, correrían el peligro de que él se marchara para siempre. Si ella se aleja, él la olvida. Si ella se muestra deprimida, él deja de tener ganas de seguir a su lado. Siguiendo los consejos de su psicoanalista, Lucien llega a proponerle a Monique que conozca a su amiga, i con el fin de que «la palabra circule»!

En ningún momento parece que Lucien se haya planteado la cuestión del sufrimiento de su esposa. Dice simplemente que está harto de verla con esa cara de muerto. Al culpabilizar a su esposa, que no hace lo necesario para retenerlo, Lucien se descarga de la responsabilidad de la decisión de la separación.

La negativa a responsabilizarse de un fracaso conyugal se encuentra a menudo en el origen de una basculación perversa. Un individuo, que tiene un fuerte ideal de pareja, mantiene unas relaciones aparentemente normales con su cónyuge hasta el día en que debe elegir entre esa relación y otra nueva. Cuanto más fuerte sea su ideal de pareja, más fuerte será su violencia perversa. No puede aceptar esa responsabilidad. Su cónyuge deberá cargar con ella completamente. Si el amor disminuye, considera responsable a su pareja por una falta que esta habría cometido y que no se nombra. También suele negar verbalmente esta disminución del amor, aunque tenga lugar realmente.

La toma de conciencia de la manipulación coloca a la víctima en un estado de angustia terrible. Al no disponer de un interlocutor, no se puede liberar del mismo. En este estadio, las víctimas, además de ira, sienten vergüenza: vergüenza por no haber sido amadas, vergüenza por haber aceptado humillaciones y vergüenza por haber padecido.

A veces, no se trata de un movimiento perverso transitorio, sino de la revelación de una perversidad que se había ocultado hasta ese momento. El odio que se enmascaraba aparece a plena luz y es muy similar al delirio de persecución. De este

modo, los papeles se invierten: el agresor se convierte en agredido y la culpabilidad sigue en el mismo lado. Para que esto resulte creíble, hay que descalificar al otro con el fin de empujarlo a comportarse de un modo reprehensible.

Anna y Paul, ambos arquitectos, se conocen en el trabajo. Muy rápidamente, Paul decide instalarse en casa de Anna, pero de tal forma que pueda mantener una distancia afectiva para no comprometerse realmente. Evita las palabras cariñosas, los gestos de ternura en público, y se burla de los enamorados que se cogen de la mano.

Paul tiene muchas dificultades a la hora de expresar cosas personales. Da la impresión de estar siempre bromeando, ironiza con todo, y todo lo convierte en burla. Esta estrategia le permite esconderse y no implicarse.

También pronuncia discursos extremadamente misóginos: «Las mujeres son castradoras, fútiles e insoportables, pero no podemos vivir sin ellas».

Anna interpreta la frialdad de Paul como pudor, su rigidez como fuerza y sus insinuaciones como saber. Cree que su amor logrará enternecerlo y que, una vez tranquilizado por la vida en pareja, se mostrará menos duro.

Entre Anna y Paul se establece la regla implícita de que no hay que exhibir demasiado la intimidad. Anna acepta esta regla, le da una justificación y, por consiguiente, garantiza su cumplimiento. Al ser su deseo de establecer una relación más íntima más fuerte que el de Paul, le corresponde a ella realizar los esfuerzos necesarios para que la relación continúe. Paul justifica su dureza con una infancia difícil, pero deja lugar para un cierto misterio al aportar informaciones parciales e incluso contradictorias: «Nadie se ocupó de mí cuando

era pequeño. Si no hubiera sido por mi abuela, que me recogió...», «Tal vez mi padre no sea mi padre».

Al presentarse, ya de entrada, como víctima, conduce de este modo a Anna a compadecerlo y a mostrar por él más interés o indulgencia. Ella, que tenía una gran necesidad de ser reparadora, queda rápidamente seducida por este muchachito al que hay que consolar.

Él es de esas personas «saben». Tiene opiniones radicales sobre todo: la política, el devenir del mundo, quién es idiota y quién no, qué hay que hacer y qué no... La mayoría de las veces, al iniciar una frase que deja en suspensión, o incluso al mover simplemente la cabeza en silencio, se contenta con dar a entender que sabe.

Con mucho arte, sirve de espejo para las inseguridades de Anna. Anna es una persona que duda. Al no estar segura de sí misma, no juzga a los demás, sino que, al contrario, hagan lo que hagan, les encuentra circunstancias atenuantes. Intenta siempre matizar sus opiniones, algo que Paul califica de «complicarse la vida». Poco a poco, Anna lima en presencia de Paul sus principales asperezas para ser más conforme a lo que él espera de ella o, más bien, a lo que ella cree que él espera. Evita insistir y cambia sus hábitos.

Su relación, por lo tanto, es del tipo «él sabe, ella duda». Ella encuentra descanso al apoyarse en las certidumbres de Paul. Paul la encuentra dócil y dispuesta a aceptar sus certidumbres.

Desde el inicio de su relación, Paul se muestra siempre muy crítico con Anna. Procede mediante pequeños toques desestabilizadores, preferentemente en público, en momentos en que ella no puede contestar. Cuando ella intenta hablar de ello más tarde, él le dice fríamente que es rencorosa y que hace una montaña de un grano de arena. La crítica parte de algo anodino, o

incluso íntimo, que Paul describe con exageración, tomando a veces a un aliado en el grupo: «Anna escucha unas músicas realmente trasnochadas, ¿no creéis?», «¿Sabíais que se gasta el dinero en cremas para endurecer unos senos que casi no existen?», «¡Esto no lo ha comprendido; y, sin embargo, está a la vista de todo el mundo!».

Cuando salen el fin de semana con los amigos, exhibe la bolsa de Anna y exclama: «¡Me toma por un mozo de mudanzas! ¡Y por qué no la bañera!».

Si Anna protesta —«¡Y a ti qué más te da; ya llevo yo mi bolsa!»—, Paul replica: «Sí, pero si te cansas, tendré que llevarla yo so pena de parecer un grosero. ¡No necesitas tres barras de labios y dos recambios de ropa!».

Luego, generaliza sobre la duplicidad femenina que obliga a los hombres a ayudar a las mujeres.

Lo importante es enredar a Anna. Ella percibe la hostilidad, pero no está del todo segura, pues Paul dice todas estas cosas medio en serio medio en broma. Sus allegados no perciben forzosamente la hostilidad, y Anna no puede contestar sin parecer carente de sentido del humor.

Paul es tanto más crítico cuanto más alta es la posición de superioridad de Anna: por ejemplo, cuando alguien la elogia. Ella sabe muy bien que Paul está acomplejado frente a su facilidad de relación y también por el hecho de que ella tiene más éxito profesionalmente y gana más dinero. Cuando la critica, añade: «No es un reproche, es una observación».

La violencia sale a la luz cuando Paul decide instalarse por su cuenta con una joven socia. Sus maniobras estratégicas para desestabilizar a Anna se vuelven más claras.

Esto se manifiesta primero a través de un mal humor permanente que Paul justifica con problemas de

organización y preocupaciones económicas. La mayoría de las noches llega a casa antes que Anna y se instala con una copa en un sillón frente al televisor. Cuando Anna llega, no responde a su saludo, pero sí pregunta sin volver la cabeza: «¿Qué vamos a comer?». (Una maniobra muy clásica para transferir el mal humor al otro.)

No hace reproches directos pero va dejando caer pequeñas frases anodinas que luego hay que interpretar, pues están dichas con un tono de reproche. Si Anna intenta aclarar lo que Paul acaba de decir, él escurre el bulto y niega cualquier intención agresiva.

Él empieza a llamarla «chocha». Cuando ella se queja, él cambia el mote por «chocha gorda»: «Como no eres gorda, ¡no te puedes sentir aludida!».

Cuando intenta hablar de su sufrimiento, Anna choca contra una pared. Paul se escabulle, ella insiste, él se vuelve todavía más duro. Invariablemente, ella termina por exasperarse, y Paul puede así demostrarle que no es más que una arpía agresiva. Ella no llega nunca a disponer de la suficiente distancia como para desactivar una violencia que no comprende.

Contrariamente a las clásicas riñas conyugales, no se produce realmente un combate, pero tampoco es posible la reconciliación. Paul no sube nunca el tono; manifiesta simplemente una fría hostilidad, y la niega si alguien se la señala. Anna, ante esta imposibilidad de dialogar, se exaspera y grita. Entonces, él se burla de su ira: «Cálmate, pobre hija mía». Y ella se siente ridícula.

Lo esencial de la comunicación ocurre en la mirada. Miradas de odio, del lado de Paul, y miradas de reproche y de miedo, del lado de Anna.

El único hecho concreto es la repulsa sexual de Paul. Cuando ella solicita hablar del tema, no es nunca el momento apropiado. Por la noche está cansado, por la mañana tiene prisa, y durante el día tiene algo que

hacer. Ella decide acorralarlo y lo invita a cenar fuera. Una vez en el restaurante, empieza a hablar de su sufrimiento. Paul la interrumpe inmediatamente en un tono de furor glacial: «No pretenderás hacerme una escena en un restaurante y, además, sobre semejante tema. Desde luego, careces completamente de modales».

Anna se pone a llorar, lo cual hace que Paul se enfurezca: «No eres más que una depresiva que se pasa la vida protestando».

Más tarde, Paul se justifica de otra manera: «Cómo se puede hacer el amor contigo? ¡Eres un horror, una arpía castradora!».

Más adelante, Paul llega incluso a robarle una agenda profesional que es esencial para su contabilidad. Anna empieza por buscarla y luego pregunta a Paul si la ha visto: en la habitación en la que está segura de haberla dejado no ha entrado nadie más. Paul responde que no la ha visto y que lo que tiene que hacer es ordenar mejor sus cosas. Su mirada está tan cargada de odio que ella se siente helada de miedo, atónita. Comprende que, efectivamente, se la ha robado él, pero tiene demasiado miedo de la violencia manifiesta que puede surgir si sigue insistiendo.

Lo terrible es que Anna no comprende. Busca explicaciones: ¿solo quiere perjudicarla directamente por la molestia que esto pueda causarle?, ¿se trata de envidia?, ¿de la necesidad de comprobar que ella trabaja más que él?, ¿o bien espera encontrar en la agenda un fallo que podrá utilizar más adelante contra ella?

Lo que Anna siente, sin ninguna duda, es que hay mala intención. Sin embargo, este pensamiento es tan terrible que lo descarta y se niega a creer en él. Así, el miedo se convierte en angustia física. La siente cada vez que su mirada se cruza con esa misma mirada de Paul.

En este estadio, Anna percibe muy claramente que Paul quiere anularla. En lugar de ir dejando caer pequeñas dosis de arsénico en su café, como en las novelas policiacas inglesas, intenta debilitarla psicológicamente.

Para no verse afectado por el sufrimiento de Anna, Paul la cosifica. La mira fríamente sin emoción alguna. Así las cosas, evidentemente, las lágrimas de Anna parecen ridículas. Lo que ella siente es que no existe para Paul. Sus lágrimas y su sufrimiento no son escuchados o, más exactamente, no existen. Semejantes fracasos en lo que respecta al diálogo desencadenan en ella terribles iras que, al no poder descargarlas, se transforman en angustia.

Ella, entonces, intenta decir que prefiere una separación antes que este sufrimiento cotidiano, pero este tema solo se puede abordar en momentos de crisis, en los que, de todas formas, diga lo que diga, no se la escucha. El resto del tiempo, retiene el aliento para no introducir una tensión suplementaria precisamente en los momentos en que la vida todavía se puede soportar.

Llegados a este punto, Anna le escribe a Paul. Intenta hacerle comprender su sufrimiento ante semejante situación y su deseo de encontrar una solución. La primera vez, deja la carta sobre el escritorio de Paul y espera que él le diga algo. Como no dice nada, ella se atreve a preguntarle su opinión al respecto. Responde fríamente: «No tengo nada que decir». Anna sospecha que no ha sido suficientemente clara. Le escribe una nueva carta más larga. Se la encuentra en la papelera a la mañana siguiente. Termina por exasperarse e intenta obtener explicaciones. Él contesta que no tiene por qué responder a las demandas de una excitada como ella.

Haga lo que haga, Anna no es escuchada. ¿Su lenguaje, tal vez, no es el bueno? A partir de ese día, hace una fotocopia de cada una de las cartas que escribe.